

MILTON ROSSEL

ALFONSO REYES Y LA CRITICA

La variedad de temas, enfoques y géneros en que se da la producción de Alfonso Reyes responde a los distintos tonos y matices de su quehacer literario. Labor múltiple la suya, trasunto de su inquietud cultural enraizada en las letras clásicas y modernas, de amplias perspectivas en el examen de lo universal y particular, sin límites de tiempo ni de latitud. Todo cuanto fuera eclosión de arte y de pensamiento caía bajo el rigor de su estudio. Su prosa densa en conceptos y de ricas gamas reanimaba incluso lo caduco, de escasa vigencia artística. Recuérdese su versión —la primera en castellano de nuestros días— del Poema del Mio Cid, en la que a través de su estilo contenido e impecable, se conserva la emoción de lo arcaico.

Los provincianismos mentales, tan frecuentes en nuestros medios literarios, no tuvieron cabida en él. Captaba la esencia de lo americano, con una visión de conjunto, por sobre las circunstancias efímeras de la política y de las fronteras convencionales. Quería aclimatar los valores imperecederos de la cultura occidental a nuestra realidad anímica y configurar el destino de Hispanoamérica con los ingredientes espirituales venidos de todos los ámbitos, sin anular lo genuino de nuestra idiosincrasia. Que forjemos un estilo, en su doble sentido de forma y materia.

No es fácil dar una medida del legado intelectual de Alfonso Reyes. Por su formación bien se le ha definido como a un humanista. También se ha dicho que hubo en él una actitud magisterial oculta tras su sensibilidad de artista. Acaso la palabra que mejor exprese su condición sea la de "simpatía". Emanaba ella de su persona, se afianzaba en el trato directo y epistolar, nunca dejaba de advertirse en sus es-

critos, cuyas frases parecen trabajadas con parsimonia y cortesía, como tratando de insinuar, de sugerir.

Si nos atenemos a la etimología del vocablo *simpatía*, no exageramos al decir que Alfonso Reyes se vinculó a seres y obras de ayer y de hoy mediante el afecto, ese *pathos* congénito en él que le permitió habitar en ese reino del espíritu donde imperan la sensibilidad y la inteligencia. Y si recordamos el título de una de las más difundidas de sus obras, en que recogió sus numerosas acotaciones de su andar y ver, "Simpatías y diferencias", podríamos bien sospechar que este título fue un dictado del subconsciente.

Si en lo humano proyectado a su vivir intelectual la simpatía fue el resorte de su personalidad, en lo referente a su vocación de escritor la calificación que mejor lo define es la de "crítico". En la crítica volcó lo más personal de su naturaleza; en ella vibró su vehemencia de belleza y de saber. Poseía las condiciones y herramientas para su ejercicio cabal. Amplitud de juicio, serenidad de espíritu, profundidad y variedad de conocimientos, temperamento sensible y sobre todo agudeza para penetrar en el alma de la obra y en la intención del autor y revelar los elementos expresivos que se conjugan en toda creación artística.

En su producción literaria hay ficciones y poesías. La crítica no fue para él una evasión o un refugio de quien busca amparo a una frustración. Hay quienes todavía, con limitaciones de pocas letras, suponen que el crítico es un fracasado, cuyo propósito encubre un trabajo de roedor de poetas y narradores. Concepto superado con la sola mención de Sainte-Beuve, Menéndez y Pelayo, Taine, Juan Valera, Brandés, Croce, Curtius, Sanctis, Clarín, Azorín, Andrés Bello, Sanín Cano, Rodó y muchos otros que tienen un haber literario de innegable solvencia. Entre esos nombres está Alfonso Reyes.

Sabido es que en todo auténtico crítico hay un artista y que su misión entraña, cuando llega a la plenitud valorativa, una recreación. Parte de la impresión, para luego servirse de un método, de una técnica, que en ningún caso debe entrabar la sensibilidad, ni menos constituir una fórmula cuya aplicación bastaría para dar un resultado estimativo previsto. No se embarcaba el escritor mexicano en ese formalismo, que reduce la crítica a una anatomía del estilo mediante instrumentos puramente intelectuales. No rechazaba, tampoco, en forma absoluta tal tipo de crítica, pues la consideraba como un auxiliar para

adentrarse en los intersticios de la creación, un camino, pero no una meta.

El mismo Alfonso Reyes delimitó los contornos de la crítica y las fases que recorre para hacer completa su misión. Establece, primeramente, que la crítica implica elogios y aplausos. Para él la parte negativa que algunos estiman inseparable de su función, no tiene ninguna importancia. "Admitamos —dice— que cuando la crítica niega es porque la creación no se sostiene, es porque la creación no existe. De lo contrario no estaríamos ante la crítica, sino ante la falsa crítica".

Para que la crítica actúe es indispensable hacerlo a través de las excelencias de una obra. Se ha de juzgar aquello por lo cual se tiene simpatía, que suscite afecto en el lector como vínculo inicial para un trato prolongado e íntimo. Su actitud debe ser como la del buceador de las profundidades marinas que va tras las perlas y no los guijarros.

¿Cómo se aproxima la crítica a la obra? Alfonso Reyes señala tres grados: 1º La impresión; 2º La exégesis, y 3º El juicio. Se parte, como vemos, del impacto que deja de inmediato la lectura, la impresión que surge de una súbita reacción emotiva. En seguida entran en juego los elementos intelectuales necesarios para una amplia y profunda interpretación. Interviene, ahora, la razón, pero no la razón *lógica*, sino la razón de amor, de que habla Alfonso Reyes.

Contra todo lo que puede afirmar una crítica pretendidamente científica, la impresión tiene un papel importantísimo, es nada menos que la receptividad del lector, su disposición de sentir, de emocionarse. Quien carezca de receptividad y de sentimiento no puede hacer crítica, ni siquiera interpretar, menos valorar. Muchos críticos se quedan en el impresionismo, por lo cual sus críticas se resienten de inestables y arbitrarias. Así, la de carácter periodístico, de finalidad informativa, producto de lecturas rápidas y urgentes.

A pesar de los errores a que conduce la impresión, su trascendencia es innegable, porque cumple su misión de "iluminar el corazón de los hombres" —finalidad de la creación literaria—, porque a través de la impresión se toma contacto inmediato con la obra artística y porque el impresionismo refleja un estado anímico colectivo, como quien dice "la voz del pueblo". Y este estado colectivo ha de servir al historiador, al filólogo, al erudito para conocer las reacciones de una época y determinar todos los elementos y circunstancias que las han provocado.

El impresionismo en la crítica no sólo es patrimonio del que profe-

sionalmente se dedica a comentar libros. Lo hace, en el fondo, todo buen lector, todo el que lee con un propósito que va más allá del mero pasatiempo, que tiene una preocupación superior, que sabe gozar con las cosas bellas, que en la lectura analiza, medita, discrimina, compara y sobre todo se recrea estéticamente. Muchas veces sus estimaciones son más acertadas que las del crítico profesional.

Tal es la actitud de los aficionados a la literatura, lectores atentos y sensibles, y cuyas opiniones no están interferidas por ninguna suerte de hechos incidentales. "El aficionado es —dice Alfonso Reyes—, en las sociedades, el punto más sensible al arte; aquél para quien el arte —y en nuestro caso el poema— no es una cosa yuxtapuesta, sino una realidad práctica, una parte de la vida, de la respiración habitual."

De la impresión se pasa a una zona de especialistas que orientan la crítica hacia un fin didáctico. Campo que corresponde a la filología. Esta fase de la crítica constituye lo que Alfonso Reyes designa con el nombre de exegética, y la cual admite la aplicación de métodos específicos y que muchos llaman ciencia de la literatura. De la impresión, de ese "acto de amor", se adentra en el terreno abrupto del conocimiento. Papel de la exegética es interpretar, insinuar valores, preparar el camino al juicio. "Si no siempre llega —escribe Alfonso Reyes—, es porque se detiene y se entretiene con frecuencia en la mera erudición de sus temas, y porque sus temas mismos, algunas veces, más que un definitivo valor humano, tienen un valor interior a los propios fines eruditos, un valor sólo de referencia para establecer el conocimiento."

En la exegética predomina lo educativo. Por la naturaleza de su función y porque recoge cuanto puede serle útil a su finalidad, se extiende hasta preservar valiosos elementos de cultura. Esta fase de la crítica puede enseñarse o aprenderse, y por eso forma parte de los programas de estudios superiores. Alfonso Reyes reduce los métodos de la exegética a tres fundamentales: 1º Métodos históricos; 2º Métodos psicológicos, y 3º Métodos estilísticos. O sea, estudiar el contenido de la obra dentro de su época y allegar datos y fuentes relacionados con el medio y la vida del autor; analizar su condición psicológica; descubrir las peculiaridades de su lengua; las influencias recibidas y que se reflejan en la obra; su significación en el momento de publicarse; los efectos en otras obras y en el público de su tiempo; la fortuna que le depara el correr de los años; su valor estético puro. No deben aceptarse disciplinas extraliterarias, salvo las sociológicas en cuanto ayuden

a comprender problemas sociales y políticos que se relacionan con el goce estético.

Con la impresión que le hizo vibrar la sensibilidad y con los conocimientos obtenidos a través de los tres caminos señalados, bien podría el crítico estar en condiciones de llegar a la fase final de asedio: el juicio. Situar la obra dentro de una escala de valores como coronación de la crítica, dar una medida que corresponda con exactitud a la intención y motivación del creador, identificado con él en el placer de concebir y realizar. Cumbre difícilmente accesible. No bastan ni el amor ni el saber; ni la impresión ni el método. En el juicio se conjugan factores imponderables que escapan a toda determinación. Un acto del genio, lo considera Alfonso Reyes. En verdad es una facultad privativa de algunos elegidos, un don a muy pocos otorgados, una gracia que reciben de los dioses inmortales quienes logran, más allá de la emotividad y de la sapiencia, sentir y hacer sentir este sencillo verso: "El dulce lamentar de dos pastores."

Alfonso Reyes fue de esos pocos elegidos.